

CARTA ENCICLICA "DOCTOR MELLIFLUUS"

de S. S. Pío XII sobre San Bernardo con ocasión del
VIII centenario de su muerte

1. Personalidad de San Bernardo.

El Doctor Melliflúo, «último entre los padres, pero no desigual a ellos» (Mabillon, «Obras de San Bernardo», prefacio general, núm. 23; PL, 182, 26), estuvo dotado con tales dones de talento y de alma, concedidos por Dios como celestiales obsequios, que apareció, por su santidad, su sabiduría y su maravillosa prudencia, dominador soberano en aquella época de tan diversas y, con frecuencia, turbulentas circunstancias. Por lo cual grandemente le alaban no sólo los Sumos Pontífices y los escritores de la Iglesia católica, sino también no rara vez los herejes. Nuestro antecesor, de feliz memoria, Alejandro III, al inscribirle con alegría general en el catálogo de los santos, escribió lo siguiente: «... Trajimos a nuestra memoria la santa y venerable vida de este bienaventurado varón: cómo él, apoyado en la prerrogativa especial de la gracia, no sólo brilló en sí mismo con santidad y piedad, sino que también irradió con destellos de fe y de doctrina en toda la Iglesia de Dios. Casi ninguna de las regiones de la cristiandad desconoce el fruto que en la Casa del Señor se obró con su palabra y su ejemplo; cuando se dispuso a transmitir el espíritu de la santa religión hasta las lejanas e incluso bárbaras naciones..., trajo a la rectitud de la vida espiritual... una infinita multitud de pecadores» (carta apostólica «Contigit olim», XV, 1 de febrero del año 1174, Anagninae d.). «El fué—como escribe el Cardenal Baronio—un varón verdaderamente apostólico; más aún, un verdadero apóstol enviado por Dios, poderoso en obras y palabras, que ilustró en todas partes su apostolado con maravillosos signos para que pudiera ser llamado, como los grandes apóstoles, ornamento y, al mismo tiempo, columna de toda la Iglesia católica» («Anales», tomo XII, año 1153, p. 385, D-E; Roma, Tip. Bat., MDCVII).

A estas manifestaciones de gran alabanza, a las cuales pueden añadirse otras incontables, volvemos nuestra mente al celebrar el octavo centenario del día en el cual el restaurador y amplificador de la Sagrada Orden Cisterciense partió de esta vida mortal, que él había ilustrado con tan gran fulgor de doctrina y santidad, a los cielos con piadosa muerte. Y conviene repetir a nuestras mentes estos excelsos méritos suyos y proponerlos por escrito de tal manera que no sólo los miembros de su instituto, sino todos aquellos a quienes mucho deleitan la verdad, la belleza y la santidad, tomen de él impulso para sentirse excitados a imitar sus preclaros ejemplos de virtud.

2. Su doctrina y estilo.

Su doctrina está casi toda tomada de las páginas de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, que él, día y noche, meditaba atentamente; no de las sutilezas de los dialécticos y de los filósofos, que muchas veces parece despreciar (cfr. «Serm. in festo SS. Apost. Petri et Pauli» n. 3; PL, 183, 407, y «Serm. III in festo Pentec.», n. 5; PL, 183, 332-B). Hay que advertir, sin embargo, que él no desprecia la humana filosofía digna de tal nombre, que conduce a Dios y da normas de recta vida y sabiduría cristiana, sino más bien aquella que utiliza la palabrería y las vanas cavilaciones para levantarse atrevidamente a las cosas divinas y escrutar todos los arcanos de Dios; de tal manera que—cosa frecuente también en aquel tiempo—viola la integridad de la fe y se precipita desdichadamente en la herejía.

«¿Sabes...—escribe—cómo (San Pablo Apóstol, 1 Cor. 8, 2) establece el pro-

vecho y la utilidad de la ciencia en el modo de poseerla? ¿Qué significa modo de obtenerla? ¿Qué, sino que sepas en el orden, con el cuidado y con la finalidad que conviene saber? Con el orden: lo primero, lo que es más conveniente para la salvación; con el cuidado: para que sepas con mayor deseo lo que más empuje hacia el amor; con la finalidad: para que no sepas por gloria baladí, o por curiosidad, o por algo semejante, sino sólo para la edificación tuya y de tu prójimo. Pues hay quienes desean saber con la finalidad exclusiva de saber, y esto es curiosidad torpe. Hay quienes desean saber para ser ellos conocidos, y esto es torpe vanidad... Los hay también que desean saber para vender su ciencia, v. gr., por dinero, por honores, y es torpe comercio. Pero hay quienes desean saber para edificar a los demás, y esto es caridad. Y quienes desean saber para ser ellos edificados, y esto es prudencia» (In-cantica, serm. 36, 3; PL, 183, 968-C, D).

El mismo describe justamente con estas palabras la doctrina, mejor dicho, la sabiduría que él persigue y que ama con toda su alma: «Es el espíritu de sabiduría y de entendimiento el que a manera de una abeja, que lleva cera y miel, posee tanto de donde encender la luz de la ciencia como de donde infundir el sabor de la gracia. Nadie, pues, que entienda la verdad, pero que no la ame o que la ame, pero que no la entienda, juzgue que ha recibido el ósculo» (Ibid., serm. 8, 6; PL, 183, 813-A, B). «¿Qué resultado daría la erudición sin amor? Hincharía. ¿Qué resultado el amor sin erudición? Erraría» (ibid., serm. 69, 2; PL, 183, 1113-A). «Sólo lucir, es vano; sólo arder, es poco; arder y lucir, es lo perfecto» («In Nat. S. Joan. Bapt.», serm. 3; PL, 183, 399-B). Y con estas palabras expone de dónde nace la verdadera y auténtica doctrina y cómo conviene enlazarla con la caridad: «Dios es la sabiduría y quiere ser amado no sólo suave, sino sabiamente... De otra manera, fácilmente el espíritu del error se burlará de tu celo si desprecias la ciencia, y no tiene el enemigo un instrumento más eficaz para arrebatar el amor de los corazones que el conseguir procedan los que aman no con razón, sino incautamente» (In Cantica, serm. 19, 7; PL, 183, 866-D).

Palabras con las cuales claramente se demuestra que San Bernardo sólo una cosa buscó estudiando y contemplando: el dirigir a la suprema verdad todos los rayos de ciencia que en todas partes recogiera, más movido y apoyado en el amor que en la sutileza de las opiniones humanas; pidiendo de él luz para las mentes, fuego de caridad para las almas, normas rectas para orientación de las costumbres. Esta es, en efecto, la verdadera sabiduría que trasciende todas las cosas humanas y que dirige todo a su fuente, esto es, a Dios, para llevar a El los hombres. El Doctor Meliflúo no procede a paso lento en su raciocinio por caminos inciertos y poco seguros, confiado en el poder de su talento; no se apoya en silogismos difíciles y estudiados, de los cuales frecuentemente abusaban no pocos de los dialécticos de su tiempo, sino que, cómo águila que se esfuerza por mirar al sol con los ojos, se dirige al vértice de la verdad con vuelo rapidísimo. Porque la caridad que a él le empujaba no sabe de tardanzas y pone como alas a la mente. Para él la doctrina no es una meta definitiva, sino más bien un camino que lleva hasta Dios; no es algo frío en lo cual se detendría inútilmente el espíritu, como jugando consigo mismo, cazado por esplendores engañosos, sino que se mueve, es empujado y regido por el amor. Por lo cual Bernardo, apoyado en esta sabiduría, meditando, contemplando y amando, sube a la suprema cumbre de la mística doctrina y se une con el mismo Dios, gozando en esta vida mortal algunas veces de una felicidad casi infinita.

Su estilo, al escribir, vivaz, florido, flúido y esmaltado con frases exactas, está impregnado de tal suavidad y dulzura que anima las mentes de los lectores, las deleita, las empuja a las alturas; excita la piedad, anima, conforta; empuja el ánimo a buscar el bien, no el caduco, no el pasajero, sino el verdadero, el que ha de permanecer para siempre. Por este motivo, sus escritos gozaron siempre gran reputación; y muchas de sus páginas, con sabor de cosas celestiales y aroma de fervorosa piedad, la misma Iglesia las ha introducido en la santa liturgia (cfr. Brev. Rom. in festo SS. Non. Iesu; die III

infra octavam Concept. Inmac. B. M. V.; in octava Assumpt. B. M. V.; in festo septem Dolor. B. M. V.; in festo sacrat. Rosarii B. M. V.; in festo S. Iosephi Sp. B. M. V.; in festo S. Gabrielis Arch.). Parece que están inspiradas por el espíritu divino y brillan con luz tan esplendorosa, que nunca podrá apagarse a lo largo de los siglos, ya que ha nacido del ánimo de un escritor sediento de verdad y caridad y deseoso de nutrir a los demás para conformarlos a su imagen (cfr. Fenelón, Panegírico de San Bernardo).

3. Enseñanzas sobre el amor. Su actualidad.

Nos agrada venerables hermanos, reproducir, para utilidad de todos, algunas hermosísimas sentencias sobre esta mística disciplina tomada de sus libros: «Eneñamos que toda alma, aunque esté cargada de pecados, atada por los vicios, cautiva de los placeres, desterrada, encarcelada en el cuerpo..., aunque esté así condenada y desesperada, enseñamos, sin embargo, que puede volver en sí y descubrir no sólo un punto de arranque para esperar el perdón, para esperar la misericordia, sino también para atreverse a aspirar a las bodas del Verbo, para no temer unirse a Dios en pacto de amistad, y no avergonzarse de llevar con el rey de los ángeles el suave yugo del amor. ¿A qué no se atreverá junto a Aquél de quien se ve insigne imagen e ilustre semejanza?» (In Cantica, serm. 83, 1; PL, 183, 1181-C, D). «Esta conformidad une en matrimonio el alma con el Verbo, al cual, siendo semejante por naturaleza, se hace semejante por la voluntad, amando como es amada. Luego si ama perfectamente, es llamada a las nupcias. ¿Qué cosa más alegre que esta conformidad? ¿Qué cosa más deseable que la caridad, con la cual se hace que, no contenta con el magisterio humano, te acerques confiadamente por ti misma, oh alma, al Verbo, y te unas constantemente a él, hables familiarmente con él, le consultes sobre todas las cosas, atreviéndote con el deseo a todo aquello a que alcanza el poder del entendimiento? Verdaderamente es éste un contrato de matrimonio espiritual y santo. Dije poco, contrato: es un abrazo. Abrazo, en efecto, donde un mismo querer y no querer hace de dos espíritus uno. Ni hay qué temer que la disparidad de personas haga claudicar en alguna ocasión la coincidencia de voluntades porque el amor ignora la reverencia. La palabra amor viene de amar, no de honrar...; el amor es abundante para sí mismo; el amor, cuando llega, trae a sí y cautiva todos los demás afectos. Por tanto, quien ama, ama y no sabe otra cosa» (Ibid., 3; PL, 183, 1182-C, D).

Después que nos ha advertido que Dios quiere, más que ser temido y honrado, ser amado por los hombres, aguda y sagazmente añade: «Este [amor] es suficiente por sí mismo, agrada por sí y por causa de sí. El es mérito y premio para sí. El amor no requiere causa ni fruto fuera de sí. Su fruto es su uso. Amo porque amo; amo por amar. Gran cosa es el amor con tal que vuelva a su principio, con tal que, devuelto a su origen, unido a su fuente, procure tomar de ella constantemente nuevos motivos de amar. Sólo el amor entre los movimientos del alma, entre los sentidos y afectos, es el medio con que la criatura puede responder a su creador, aunque no por completo, o corresponderle» (ibid., 4; PL, 183, 1183-B).

Habiendo él experimentado muchas veces en su contemplación y en sus oraciones ese divino amor con el cual podemos unirnos estrechísimamente a Dios, salen de su alma estas palabras encendidas: «Feliz [el ama] que merece encontrarse en la bendición de tanta dulzura. Feliz a la que se le ha dado experimentar este abrazo de felicidad. Que no es otra cosa que el amor santo y casto, suave y dulce; amor de tanta serenidad como sinceridad; amor, mutuo, íntimo y válido no para unir en una carne, sino para unir dos espíritus en uno, y hacer que los dos no sean ya dos, sino uno, según dice San Pablo» (cfr. 1 Cor. 6, 17): «Quien se une a Dios es un espíritu» (In Cantica, sermón 83, 6; PL, 183, 1184-C).

Esta excelsa doctrina en cuestiones místicas del doctor de Claraval, que supera todos los humanos deseos y puede llenarlos por completo, parece alguna vez en nuestro tiempo ser olvidada o tenida en menos o despreciada por muchos; que, sujetos a los cuidados y negocios de cada día, no buscan ni

desean otra cosa sino lo que es útil y provechoso para esta vida mortal, y casi nunca levantan los ojos y la mente al cielo; casi nunca aspiran a los bienes superiores no perecederos.

Y, sin embargo, aunque no todos pueden alcanzar la cumbre de aquella divina contemplación, de la cual Bernardo habla con tan elevadas palabras y sentencias; aunque no todos pueden unirse tan íntimamente con Dios que se sientan enlazados de modo misterioso con el Supremo Bien en vínculos de celestial matrimonio, sin embargo, todos pueden y deben levantar el alma de estas cosas terrestres a las celestiales y amar con fervorosa voluntad al supremo dador de todos los bienes.

Por lo cual, mientras hoy disminuye en el espíritu de muchos, poco a poco, la caridad, y con mucha frecuencia se apaga por completo, juzgamos que estos escritos del Doctor Melifluo deben ser meditados cuidadosamente, pues de sus sentencias, que por lo demás brotan del Evangelio, ya para la vida privada de cada cual, ya para la relación social de los hombres puede emanar una nueva y más elevada fuerza que gobierne las costumbres de los ciudadanos y las ajuste a los preceptos del cristianismo; y, por lo mismo puede ofrecer oportunos remedios para los muchos y graves males que turban y afligen la sociedad. Porque cuando los hombres no aman como es debido al Creador, del cual recibieron todas las cosas que poseen, entonces tampoco se aman entre sí; por el contrario, como sucede frecuentemente, se apartan unos de otros con odios y rencores y riñen acremente. Dios es padre amantísimo de todos nosotros; y todos somos hermanos en Cristo, a quienes El nos redimió con su preciosa sangre. Siempre, pues, que no amamos a Dios, que nos ama, y nos negamos a reconocer con reverencia su divina paternidad, atacamos también misérrimamente los vínculos del amor fraterno; y—como frecuentemente, por desgracia, puede verse—nos asaltan las discordias, las luchas, las enemistades, que pueden llegar, incluso, a corroer y destruir los fundamentos de la comunidad humana.

Conviene, pues, que esta caridad que tan vehementemente encendió al Doctor de Claraval, vuelva a las almas de todos si queremos que en todas partes florezcan de nuevo las costumbres cristianas, que la religión católica pueda cumplir provechosamente su oficio y que, calmadas las discordias y resueltos todos los conflictos con justicia y equidad, brille para el fatigado y temeroso género humano paz serena.

En esta caridad, con la cual es necesario que nos unamos siempre y estrechamente con Dios, deben arder sobre todo quienes abrazaron el Instituto del Doctor Melifluo y también todos los miembros del clero, a los cuales corresponde de manera especial exhortar y excitar a los demás a la práctica del amor divino. Amor divino que, como hemos dicho, más que nunca necesitan los ciudadanos en estos tiempos, necesita la convivencia familiar, necesita el conjunto de la sociedad de los hombres. Pues cuando este amor es ferviente y empuja las almas a Dios, suprema meta de los mortales, florecen las demás virtudes; por el contrario, cuando él se apaga o se debilita, la tranquilidad, la paz, el gozo y todos los demás bienes dignos de este nombre se desvirtúan poco a poco o se apagan por completo, ya que proceden de aquel que «es caridad» (1 Jo. 4, 8).

Quizá nadie ha hablado tan escogidamente, con tanta altura y tanta vehemencia como Bernardo de esta caridad divina. «La causa de amar a Dios—dice él—es Dios mismo; el modo, amarle sin modo» (De diligendo Deo, c. I; PL, 182, 974-A). «Donde hay amor no hay trabajo, sino gusto» (In Cantica, serm. 85, 8; PL, 183, 1.191-D).

El lo había experimentado ya, según confiesa cuando escribe: «Oh amor santo y casto. Oh dulce y suave afecto..., tanto más suave y más dulce cuanto es todo divino lo que se siente. Amar así es deificarse» (De diligendo Deo, c. X, 28; PL, 182, 991-A). Y en otra parte: «Es mejor para mí, Señor, abrazarte en la tribulación, en la hoguera teneros conmigo, que estar sin ti aun en el cielo» (In Ps. 90, serm. 17, 4; PL, 183, 252-C). Y cuando llega a la suprema y perfecta caridad, con la cual se une a Dios en desposorio íntimo, entonces

goza de tal alegría, de tal paz, que ninguna otra puede ser mayor: «Oh lugar del verdadero descanso..., en el cual se ve a Dios no como enojado con ira ni preocupado en quehaceres, sino que se gusta su voluntad buena en él, complaciente y perfecta. Esta visión no asusta, sino que acaricia; no excita, sino que colma la curiosidad intranquila; no fatiga los sentidos, sino que los tranquiliza. Aquí se descansa verdaderamente. Dios, tranquilo, tranquiliza todas las cosas; verle a El, que es descanso, es descansar» (In Cantica, serm. 23, 16; PL, 183, 893-A, B).

Pero esta perfecta tranquilidad no es muerte del alma, sino la vida verdadera. «Más bien... el atento y vital sopor de esta clase ilumina el sentido interno y, alejada la muerte, da vida sempiterna. Es un verdadero sueño, pero no adormece los sentidos, sino que los trasporta. Es muerte—lo diré sin vacilar—, porque el Apóstol, hablando a algunos que todavía vivían en la carne, les dice (Colosenses, 3, 3): Estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (In Cantica, serm. 52, 3; PL, 183, 1.031-A).

Este perfecto descanso del alma, con el cual, devolviéndole nuestro amor, gozamos del Dios que nos ama y con el cual convertimos y dirigimos hacia El nuestras personas y todas nuestras cosas, no nos reduce a la pereza ni a la inercia, sino a una operosidad infatigable, cuidadosa, preocupada, con la cual nos esforcemos para obtener, con la ayuda de la gracia divina, nuestra salvación y la de los demás. Porque esta excelsa contemplación y meditación, que es empujada y dirigida por el amor divino, «rige los afectos, dirige las acciones, corrige los excesos, orienta las costumbres, hace honrada la vida y la ordena; da, en fin, a un mismo tiempo, la ciencia de las cosas divinas y humanas. Esta es la que aclara las cosas confusas, une las dispersas, junta las desunidas, penetra las secretas, investiga las verdaderas, examina las verosímiles, explora las engañosas y ficticias. Esta es la que predispone lo que ha de hacerse, recapacita sobre lo hecho, para que nada incorrecto o necesitado de enmienda permanezca en el alma. Ella es la que presiente en la prosperidad lo adverso, y sabe aguantar la adversidad; de las cuales cosas una es propia de la fortaleza y otra de la prudencia» (De Consid., I, c. 7; PL, 182, 737-A, B).

4. Su acción apostólica.

Y en realidad, aunque desea grandemente estar fijo en aquella altísima y suave meditación y contemplación que se nutre del espíritu divino, sin embargo, el Doctor de Claraval no queda encerrado en las paredes de su celda, que, «habitada permanentemente, es dulce» (De imit. Ch., I, 20, 5); sino que con su consejo, con su voz y su trabajo, está dispuesto dondequiera que le necesita la causa de Dios o de la Iglesia. Afirmaba que «no había de vivir cada uno para sí, sino para todos» (In Cantica, serm. 41, 6; PL, 183, 987-B). Además, escribía de sí y de los suyos lo siguiente: «Por el mismo derecho de la fraternidad y de la sociedad humana debemos el consejo y el auxilio a nuestros hermanos, entre los cuales vivimos» (De Adventu D., serm. 3, 5; PL, 183, 45-D). Y cuando veía con ánimo dolorido la santísima religión puesta en peligro o turbada por persecuciones, no perdonaba trabajos ni viajes, ni cuidados para defenderla y ayudarla cuanto podía. «Ninguna cosa... que sea de Dios—decía—me es ajena» Epist. 20 (ad Card. Halmericum); PL, 182, 123-B). Y a Luis, rey de los franceses, le escribió animoso: «Nosotros, hijos de la Iglesia, de ningún modo podemos disimular las injurias a la Madre, su desprecio y conculcación... En efecto, estaremos en pie y lucharemos hasta la muerte, si fuera necesario, por nuestra Madre, con todas las armas que nos son lícitas; no con espadas y escudos sino con oraciones y gemidos ante Dios» (Epist. 221, 3; PL, 182, 386-D, 387-A). Y a Pedro, abad de Cluny: «Y me glorío en las tribulaciones, si alguna he sido digno de sufrir por la Iglesia. Esta es mi gloria y la exaltación mía, el triunfo de la Iglesia. Porque si fuimos compañeros en el trabajo, lo seremos en la consolación. Fué necesario colaborar y sufrir con la Madre...» (Epist. 147, 1; PL, 182, 304-C, 305-A).

Y cuando el místico cuerpo de Cristo estuvo conturbado por cisma tan in-

fausto que incluso los buenos dudaban de una parte y otra, él se entregó por completo a componer las discordias y a volver felizmente la unidad a los espíritus. Cuando los príncipes, en su dominio terreno, se desunían con fuertes discordias, de las cuales podían originarse para los pueblos notables detrimentos, él se levantó como caballero de la paz y conciliador de concordia mutua. Cuando, en fin, los sagrados lugares de Palestina que el Redentor divino selló con su sangre estaban en sumo peligro y atacados fuertemente por tropas enemigas, excitó con fuerte voz y más fuerte caridad, por mandato del Sumo Pontífice, a los príncipes y los pueblos cristianos a iniciar una nueva cruzada, cuyo éxito desgraciado, ciertamente, no se puede atribuir a culpa suya.

Y, sobre todo, cuando la integridad de la fe católica y las costumbres, recibida de los mayores como herencia sagrada, estuvo puesta en peligro por obra, sobre todo, de Abelardo, Arnaldo y Gilberto Porretano, hizo cuanto pudo, apoyado en la gracia divina, con la publicación de sabios escritos y realizando laboriosos viajes, para que los errores fueran perseguidos y condenados y para que los que erraban fueran en lo posible traídos al camino recto y a mejor consejo.

En este asunto, sabiendo muy bien que no ha de tenerse tanto en cuenta la ciencia de los doctores cuanto la autoridad del Romano Pontífice procuró que fuera tenida en cuenta esta autoridad, bien conocida por él como definitiva y no sujeta a error en la solución de aquellas discordias. Así, a nuestro antecesor de feliz memoria Eugenio III, que en otro tiempo había sido alumno suyo, le escribía las palabras siguientes, que revelan la gran caridad y reverencia que le profesaba y, al mismo tiempo, la libertad de espíritu propia de los santos: «El amor no sabe de dueños; reconoce al hijo, aun bajo la tiara; por tanto, te amonestaré no como maestro, sino como madre; mejor, como quien te quiere» (De consid., Prolog., PL, 182, 727-A, 728-A, B). Y después le habla con estas vehementes palabras: «¿Quién eres? Sacerdote magno, sumo pontífice. Tú eres el Príncipe de los Obispos, el heredero de los apóstoles... Por tu potestad, Pedro; por la unción, Cristo. A ti se entregaron las llaves, a ti se confiaron las ovejas. Hay, ciertamente, otros porteros del cielo y pastores del rebaño, pero tú eres tanto más glorioso cuanto más grande es la diferencia con que has heredado sobre ellos entrambos nombres. A ellos se les han asignado los rebaños, uno a cada cual. A ti se te han confiado todos, a uno todos. Y no sólo de las ovejas, sino que también eres tú el único pastor de todos los pastores» (ibid., II, c. 8; PL, 182, 751-C, D). Y más adelante: «Tendría que salir fuera del mundo quien quisiera saber qué cosas no han sido a ti confiadas» (Ibid., III, c. I; PL, 182, 757-B).

Reconoce claramente el magisterio infalible del Romano Pontífice cuando trata cosas de fe y costumbres. Pues anotando los errores de Abelardo, que «cuando habla de la Trinidad recuerda la herejía de Arrio; cuando de la gracia, la de Pelagio; cuando de la persona de Cristo, la de Nestorio» (Epist. 192; PL, 182, 358-D, 359-A); que... pone grados en la Trinidad, modos en la Majestad, números en la Eternidad» (De error. Abaelardi, I, 2; PL, 182, 1.056-A); y en el cual «el ingenio humano lo ocupa todo, sin dejar lugar a la fe» (Epist. 188; PL, 182, 353-A, B); no sólo discute, deshace y refuta sus falaces argumentos, sino que, además, escribe estas graves palabras a nuestro antecesor de inmortal memoria Inocencio II: «Conviene poneros al tanto de todos los peligros, sobre todo los que tocan a la fe. Porque juzgo conveniente que los daños de la fe sean reparados allí principalmente donde ella no puede sufrir eclipse. Pues ésta es la prerrogativa de esa sede... Es tiempo de que conozcáis, padre amantísimo, vuestro principado... En él llenáis por completo el lugar de Pedro, cuya sede poseéis, si confirmáis en la fe con vuestra advertencia los corazones que vacilan, si con vuestra autoridad castigáis a los corruptores de la fe» (De error. Abaelardi, Praef.; PL, 182, 1.053, 1.054-D).

De dónde este humilde monje, que apenas disponía de recursos humanos, pudo tomar la fuerza para vencer dificultades tan graves, para resolver com-

plicadísimas cuestiones, para dirimir causas intrincadísimas, sólo puede entenderse cuando se considera aquellas excelsa santidad de vida que él poseyó, unida a un ardiente amor a la verdad. Ardía, sobre todo, como hemos dicho, en la caridad para con Dios y para con el prójimo, que, como sabéis, venerables hermanos, es el principal precepto y como el compendio de todo el Evangelio; de tal manera que no sólo estaba unido con el Padre celestial con místico y perenne vínculo, sino que, además, ninguna otra cosa deseaba que el ganar hombres para Cristo, defender los derechos santísimos de la Iglesia y guardar con invicto valor la integridad de la fe católica.

5. Su humildad y amor a Jesucristo. Su piedad mariana.

Y en esta gran estimación que gozaba ante los sumos pontífices ante los príncipes y los pueblos, no se envanecía, no buscaba la inútil gloria de los hombres, sino que siempre brillaba en él la humildad cristiana que «llama a las demás virtudes... las guarda... las perfecciona» (De moribus et offic. Episc. seu Epist. 42, 5, 17; PL, 182, 821-A) de tal manera «que sin ella ni siquiera parecen virtudes». Por lo cual «no tentó a su alma el honor ofrecido, ni se movió su pie en busca de la gloria, ni apetecía la tiara y el anillo más de lo que podía apetecer el rastrillo y los azadones» (Vita Prima, II, 25; PL, 185, 283-B). Y mientras para gloria de Dios y provecho del nombre cristiano efectuaba tan arduos trabajos, se profesaba «siervo inútil de los siervos de Dios» (Epist. 37; PL, 182, 143-B), «vil gusanillo» (Epist. 215; PL, 182, 379-B), «árbol estéril» (Vita Prima, V, 12; PL, 185, 358-D), «pecador, ceniza...» (In Cantica, serm. 71, 5; Migne, PL, 183, 1.123-D). Alimentaba con la asidua contemplación de las cosas celestiales esta cristiana humildad y las demás virtudes; la alimentaba con sus fervorosas oraciones dirigidas a Dios, con las cuales ganaba también la gracia para sí y para las obras por él comenzadas.

Muy especialmente estaba encendido por un amor tan vehemente para con Jesucristo, nuestro divino Redentor, que, movido y excitado por él, escribió subidas y bellísimas páginas que aun hoy causan admiración a todos y alimentan la piedad de todos sus lectores. «¿Qué cosa hay que nutra tanto el espíritu del que lo medita, robustezca las virtudes, mantenga frescas las buenas y honestas costumbres, favorezca los castos afectos? Todo alimento del alma es árido si no está bañado con este óleo; insípido, si no está condimentado con esta sal. Si escribes algo no me agrada si no leo allí a Jesús. Si disputas o hablas, no encuentro gusto si no oigo el nombre de Jesús. El nombre de Jesús es miel en los labios, melodía en los oídos, júbilo en el corazón. Pero es también medicina. ¿Está triste alguno de vosotros? Venga Jesús a su corazón y de allí pase a la boca y verá cómo apenas aparecida la luz de este nombre se disipa toda nube y se restablece la calma. ¿Ha caído alguien en el crimen? ¿Corre desesperado al lazo de la muerte? ¿Acaso si invoca el nombre de la vida no resucitará inmediatamente? ¿A quien, angustiado y temeroso entre los peligros, si invocó su nombre no le dió inmediatamente confianza y le alejó el miedo? Nada detiene tanto el ímpetu de la ira, abate la hinchazón de la soberbia, sana las heridas de la envidia» (In Cantica, serm. 15, 6; PL, 183, 846-D, 847-A, B).

A esta encendida caridad para con Jesucristo se unía muy tierna y suave piedad para con su excelsa Madre, a la cual como Madre amantísima amaba y cuidadosamente honraba. Confiaba de tal manera en su poderoso patrocinio que no dudó en escribir: «Nada quiso darnos el Señor que no nos viniera por manos de María» (In vigil. Nat. Domini, serm. 3, 10; PL, 183, 100-A). Y más: «Tal es la voluntad de aquel que quiso que todo lo tengamos por María» (Serm. In Nat. Mariae, 7; PL, 183, 441-B).

Y nos parece bien, venerables hermanos, proponer a la meditación de todos aquella página más hermosa que la cual quizá no hay ninguna entre las alabanzas de la Virgen, ninguna más vehemente, ninguna más a propósito para excitar nuestro amor hacia ella ni más útil para cultivar la piedad y seguir sus ejemplos: «... es llamada Estrella, y es un nombre que

cae muy bien a la Virgen Madre. Porque oportunísimamente se la compara a una estrella, ya que así como sin corrupción la estrella emite sus rayos, así ella virgen dió a luz sin lesión a su hijo. Ni el rayo quita claridad a la estrella, ni a la virgen quitó el Hijo su integridad. Ella es la noble estrella nacida de Jacob, cuya luz ilumina todo el orbe, cuyo esplendor brilla en las alturas y penetra en los infiernos... Ella es, digo, la preclara y eximia estrella levantada necesariamente sobre este grande y espacioso mar, brillando por sus méritos, ilustrando con sus ejemplos. Tú que en el decurso de la vida notas que en lugar de pisar en la tierra firme vacilas entre borrascas y tempestades, no apartes tus ojos de la luz de esta estrella si no quieres ser sepultado en las olas. Si se levantan los vientos de las tentaciones, si te alcanzan las tribulaciones, mira la estrella, llama a María. Si fueres agitado por las olas de la soberbia, de la ambición, de la detracción o de la envidia, mira a la estrella, llama a María. Si la iracundia, o la avaricia, o los deleites de la carne amenazan la navicilla de tu alma, mira a María. Si turbado por la maldad del crimen, confuso por la fealdad de la conciencia, aterrado por el horror del juicio comienzas a ser absorbido en la sima sin fondo de la tristeza, en el abismo de la desesperación, piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las cosas dudosas, piensa en María, invoca a María. No caiga de tus labios, ni se aparte de tu corazón. Y para impetrar el apoyo de su oración, no olvides seguir su ejemplo. Siguiéndola a ella, no te perderás; rogándole, no desesperarás; pensando en ella, no errarás. Si ella te tiene de su mano, no caerás; protegiéndote ella, no tienes que temer; guiándote ella, no te fatigarás; siéndote ella propicia, llegarás...» (Hom. II, super «Missus est», 17; PL, 183, 70-B, C, D, 71-A).

6. Conclusión.

Juzgamos que de ningún modo mejor podemos terminar esta carta encíclica que invitando a todos con palabras del Doctor Meliflúo a excitar cada día con nuevo cuidado su piedad para con la Santísima Virgen y a imitar fervorosamente sus excelsas virtudes, cada cual en su propio estado. Si en el siglo XII graves peligros amenazaban a la Iglesia y a la sociedad humana, no menores son, por cierto, los de nuestro tiempo. La fe católica, de la cual nacen los mayores consuelos para los hombres, está frecuentemente adormecida en las almas, e incluso en algunas regiones y naciones es en público ferocemente atacada. Y cuando es despreciada la religión cristiana o tratada con hostilidad, puede verse, por desgracia, que las costumbres privadas y públicas pierden su camino recto y que a veces incluso caen por sendas de error en los vicios.

En lugar de caridad, que es vínculo de perfección, de concordia y de paz, aparecen los odios, los rencores, las discordias.

Una inquietud, una ansiedad, una trepidación aletea en las almas de los hombres; se teme que si la luz del Evangelio disminuye y poco a poco se desvanece en las almas de muchos, o si—lo que es peor—es arrojada por ellos mismos, caigan los fundamentos de la convivencia social y familiar y, como consecuencia, que se acerquen peores y más desgraciados tiempos.

Como el Doctor de Claraval pidió y obtuvo para aquellos tiempos turbulentos el apoyo de la Santísima Virgen María, así todos nosotros pidámosle a esta divina Madre, con la misma constante piedad y plegaria, que nos consiga de Dios los oportunos remedios a estos graves males que ya se nos vienen encima o tememos para el futuro, y que ella, benigna y poderosísima, nos conceda que con el auxilio divino por fin brille una sincera, sólida y provechosa paz en la Iglesia, en los pueblos y en las gentes.

Sean éstos los saludables y copiosos frutos que por intercesión de Bernardo nos traiga la celebración centenaria de su piadosísima muerte; pídano todos con Nos, y mirando los ejemplos del Doctor Meliflúo esfuércense cuidadosamente en seguir sus santísimas huellas.

Sea nuestra bendición apostólica prenda de estos frutos saludables, bendición que con todo afecto os damos a vosotros, venerables hermanos; al

rebaño confiado a cada uno de vosotros, y de manera especial a quienes han abrazado el Instituto de San Bernardo.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 24 del mes de mayo, en la fiesta de Pentecostés del año 1953, XV de nuestro pontificado.

Pío, Papa XII

(*) La traducción es en lo sustancial la dada por la revista «Ecclesia» (Madrid) en el núm. 622.